

Relatos San Valentín 2012



Tiempo de partido

Elfled

Tiempo de partido

Relato San Valentín 2012

Prólogo de una novela de Loli Díaz

Prólogo

Junio de 2014, Málaga

El silencio era agobiante en el cementerio. De nuevo había vuelto a ocurrir y un joven jugador de fútbol volvía a ser víctima de un infarto. Por la memoria de Álvaro Ronda, el recién llegado entrenador del Cádiz C.F. volvió a pasar como si fuesen imágenes muy nítidas la conmoción que sufrió el fútbol español cuando una tarde, Antonio Puerta cayó fulminado casi delante de sus narices. Aquel día él estaba viendo ese aciago partido; aún podía recordar la cogorza que se cogió tras éste. Solo pasaría poco más de un año cuando otro jugador, esta vez el capitán del Español, Dani Jarque moría en la habitación de un hotel mientras mantenía una conversación telefónica con su novia víctima también de un fallo cardíaco.

Álvaro se retiró las gafas oscuras y se frotó el puente de la nariz. Hoy enterraba a uno de sus chicos por un caso similar. No era su mejor jugador pero sí el más luchador. Era lo que llamaban un todoterreno en el campo de juego. Se habían hecho buenos amigos durante la temporada anterior cuando él entrenaba al Tenerife. Era su primera temporada como entrenador. Una segunda oportunidad que le brindaba el fútbol. Ese fútbol que era toda su vida desde que con cuatro años su padre le regalara por Reyes su primer balón reglamentario, ese fútbol que con una edad de tan solo veintisiete se había llevado sus sueños por culpa de una lesión muy grave de rodilla. En ese momento el mundo se hundió bajo sus pies, todo por lo que había luchado se evaporaba ante sus narices. Las horas de duro entrenamiento, los continuos viajes en autobús cuando jugaba en tercera división, todo, todo se había ido a la mierda. Una mala entrada de un rival con los tacos por delante y el crujido que ponía fin a su oportunidad de un futuro que jamás alcanzaría.

Pero el destino no fue tan cruel como él pensó en un principio. Ahora tenía treinta y seis años, un carnet de entrenador de primera división —aunque lo hacía en un equipo de segunda— y a sus espaldas, muchos meses de dura rehabilitación, otros de auténticas borracheras y una luz al final del oscuro túnel cuando uno de sus entrenadores le ofreció la oportunidad de ser su segundo en el banquillo. Había jugado para los mejores, y había competido en primera división casi una temporada. Nadie

podría arrebatarle aquellos partidos que había jugado en la Bundesliga con el Eintrach de Frankfurt.

Y ahora, de nuevo, la desgracia se cernía sobre él. Trasto, uno de sus chicos, había muerto durante un normal y corriente entrenamiento de un fallo cardíaco. ¿Cómo volvía esto a ocurrir? Los jugadores de primera y segunda división en España estaban súper—controlados por los médicos y el equipo técnico pero nada podía ir al parecer contra el destino de cada uno.

Aquella mañana había amanecido muy soleada y el calor era asfixiante en el cementerio. La sala del Tanatorio de Málaga estaba a rebosar de familiares y amigos, de jugadores del Cádiz y de todos los compañeros de Trasto que compartieron con él alegrías, penas y banquillos durante sus años en la cantera del Málaga C.F., de aficionados y seguidores tanto del Málaga como del Cádiz; y al fondo, sentada sobre uno de los escalones de mármol, muy cerca del ataúd donde se hallaba reposando el féretro de Javier “Trasto” Salazar, se encontraba la hermana. Vestía toda de negro.

Hoy día era poco frecuente encontrarse a un familiar vestido de negro. El luto ya poco se usaba, pero allí estaba ella, enfundada en unos pantalones negros y con una camiseta de manga corta y cuello de barca; con los ojos hinchados por el llanto y el pelo negro recogido con una goma de color naranja. Curioso que lo que le llamase la atención fuese ese toque de color entre tanta oscuridad. Alguien se acercó a ella, probablemente una amiga pues estaba serena y, aunque su cara evidenciaba pena, no reflejaba el dolor que esos momentos transmitía Gracia. La rubia de las largas piernas se sentó al lado de la chica y le echó el brazo por los hombros. Gracia se recostó en su hombro y rompió a llorar de nuevo.

Por un momento Álvaro deseó ser la rubia y ser él quien sostuviese en sus brazos a Gracia.

La había conocido hacía pocas semanas, cuando *Trasto* se la había presentado poco antes de subir al autobús que los llevaba a su destino. Un hotel en pleno corazón de Sierra Morena donde se concentrarían durante unos días para enfrentar el partido decisivo que podría suponerle el ascenso a primera después de una temporada muy apretada. Nadie en aquellos momentos podía prever un momento tan aciago como el que acontecería cinco días después.

¡Joder! Era un simple entrenamiento más. Ni siquiera hacía el calor infernal con el que se habían enfrentado otras veces, pero eso había dado igual. Trasto había caído como un árbol que se tala y en un momento dado se inclina y cae con un ruido ensordecedor al siguiente.

Primero fue la confusión y luego ésta dio paso a la incredulidad. Lo peor había sido llamarla. A ella. ¿Cómo se le dice a una mujer, una niña casi, que el hermano al que tanto adoraba había caído fulminado por un jodido ataque de corazón? Habría preferido poder decírselo en persona y no mediante una puta llamada telefónica, pero estaban a muchos kilómetros de distancia y no le quedó otra opción. Era eso o que se enterase por la prensa. Después de los casos de Puerta y Jarque, la muerte de Trasto

también se iba a convertir en un duelo mediático. Al menos, Trasto no dejaba tras de sí a una mujer esperando una criatura. Su hijo no iba a ser un hijo póstumo porque sencillamente no dejaba atrás hijo alguno. La vida se le había truncado demasiado pronto.

Volvió a centrar su atención en Gracia. Se la veía tan poquita cosa... Se notaba que estaba destrozada. No entendía como alguien no le había impedido asistir al funeral. La chica tendría que estar sedada y durmiendo hasta que todo pasase.

La rubia la ayudó a levantarse, no podía oír bien qué le estaba diciendo pero creyó captar que se la llevaba a la cafetería a que tomase algo. Tuvo que sostenerla porque las piernas le fallaron cuando se puso en pie.

Álvaro hizo amago de acercarse pero comprendió que no era momento para inmiscuirse. Otro de sus jugadores que estaba a su lado le dio un codazo y le hizo volver a la realidad.

—Está rota —comentó—. Han estado siempre muy unidos. Ella no se perdía un partido en el que jugase su hermano desde que tuvo carnet de conducir. Se sacó el carnet con la única intención de poder llevarle y traerle de los entrenamientos cuando jugaba en alevines.

—¿En alevines? —preguntó él—. Entonces ella debe ser mayor que Javier al menos...

—Siete años —interrumpió Roberto—. Acaba de cumplir los veintiocho pero no los aparenta. Al verla uno cree que está ante una adolescente, pero el caso es que es unos pocos años mayor que Javi. De hecho ella es la responsable de que se le conociera por Trasto. Cuando le llevaba a los entrenamientos solía decirle: «Estaré en las gradas, Trasto». Y acto seguido, buscaba un lugar en la grada cerca del banquillo, sacaba un libro y se ponía a leer mientras hacíamos calentamiento. Cuando había partidillo se situaba en la barandilla y le animaba a gritos desde allí. No quiero ni pensar cómo va a salir adelante. No tiene una vida social muy ajetreada que digamos. Su vida ha sido ver siempre los partidos desde la grada, nunca mejor dicho.

—Sí, capto el doble sentido de la frase. —Álvaro volvió a ponerse las gafas olvidadas que tenía en la mano y miró a través de sus cristales a Roberto—. ¿Y sus padres?

—Ah, esos dos se divorciaron cuando Gracia tenía diecinueve. El padre se volvió a casar y falleció hará unos tres años en un accidente de coche junto a su segunda mujer. La madre desapareció del mapa. Aguantó todos esos años al lado del padre porque tenía dinero. En cuanto el dinero se esfumó lo hizo ella también dejando a los niños con el padre. No volvió ni cuando falleció el ex—marido. No creo que Gracia sepa dónde está. Se ha tenido que enterar de la muerte de su hijo, seguro. La prensa no ha parado de bombardear los canales con la noticia... pero ni por ésas. Han pasado seis días desde que ha fallecido Javi y tiempo le ha dado de venir.

Álvaro asintió y aún se quedó más preocupado. Gracia se había quedado sola. No tenía a nadie. Notó como Roberto le daba unas palmadas en el hombro y él se giró

y siguió el camino que tomaran antes las chicas. Las encontró en la cafetería del tanatorio. Gracia sostenía un sándwich al que le faltaba un bocado y masticaba como si fuese serrín. Estaba claro que la comida no le pasaba. Dio un sorbo a la bebida que desde donde él estaba parecía té frío y volvió a morder el bocadillo.

—Aún no puedo creer que mi niño se me haya ido.

Nuevamente las lágrimas le corrían por las mejillas.

—No vuelvas a llorar, Cia. Esto ya no tiene remedio. Ahora tienes que ser fuerte. Nos tienes a nosotros. Sabes que tanto Marco como yo no te vamos a dejar sola, que nos tienes para lo que quieras. Deberías recoger algunas cosas y mudarte con nosotros una temporada.

—No puedo hacer eso, Gemma. Estáis recién casados como aquel que dice, y no puedo meterme por vuestras puertas aunque, gracias por pedírmelo.

—Pues entonces me voy contigo unos días, no pienso dejarte sola. Todavía recuerdo como lo pasaste cuando fallecieron tu padre y Carla, así que ni de coña te voy a permitir que te encierres en tu casa. —La voz de Gemma fue contundente al expresarle el ultimátum—. O te vienes a casa con Marco y conmigo o me instalo en la tuya, tú decides.

—Se viene a casa conmigo —pronunció una voz dura y profunda junto a las chicas

En el momento en el que la frase sonó, tres cosas sucedieron al tiempo: Gemma soltó un grito por lo inesperado de la misma, Gracia volcó el té y Álvaro se quedó cortado porque no dio crédito a las palabras que acababan de salir de su boca. Pero una vez dichas, no podía, no quería, no pensaba retirarlas.

